

LA IDENTIDAD EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

FRANCISCO LE DANTEC GALLARDO*

Any political analysis, either international or domestic, true to the current world affairs state, highly conditioned by globalization and democratization, needs to consider at least four elements that allow for a broad vision; these are: power, sovereignty, security and identity. What is new about all this is identity as part of political analyses; its importance lies on the idea which constitutes the group or community identification, in relation to other similar communities, with which they may share the same culture. This is very important for our Region. This article presents the differences between culture and identity, and provides arguments to include this concept in the social sciences, in general; and in international relationships, in particular.

El concepto de identidad ha adquirido mucha importancia en el plano de las relaciones interestatales, en atención a que su comprensión ayuda al análisis de las interacciones entre los Estados y especialmente entre los pueblos. Este trabajo tiene por propósito plantear la importancia de la identidad en los análisis del campo de las relaciones internacionales, diferenciándola del concepto de cultura, que puede abarcar a varias identidades. Esto se pretende lograr a través de una sistematización de distintas visiones, considerando que este es un tema central en las ciencias sociales en general.

La identidad ha estado en el debate académico desde que se inició la radicalización de los movimientos sociales, como el feminismo, los étnicos, el homosexualismo, el ecologismo, los antiglobalizantes, los que de alguna manera vinieron a reemplazar en todo el mundo la “política de clases” por la “política de identidades”. (Larraín, 2001, p. 21).

Sostiene Castells que la globalización y la democratización son los procesos centrales para la constitución de las nuevas formas económicas y ,también, en los profundos cambios que se han producido en la sociedad mundial. Junto con esto, y en “una interacción compleja” aparece otro fenómeno, esta vez de índole cultural y político, que es “el reforzamiento de las identidades culturales”. Citando a Benjamín Barber, dice que este reforzamiento cultural “*es un principio*”

* Doctor (C) en Estudios Latinoamericanos, mención Relaciones Internacionales, Universidad de Santiago (IDEA); Magíster en Ciencia Política, mención Teoría Política, Universidad de Chile; Magíster en Ciencias Navales y Marítimas, mención Estrategia, Academia de Guerra Naval; Magíster (C) en Educación, Universidad de Las Condes; Oficial de Marina en retiro.

básico de organización social, seguridad personal y movilización política" (2005, p. 20).

El auge de la identidad ha traído nuevos aportes a la teoría de las Relaciones Internacionales, sostiene Tokatlian, destacando la contribución del constructivismo que ha incorporado el papel de las creencias, las ideas y las expectativas de los Estados en las relaciones entre ellos. Citando a Kubálkova dice : *"Es imperioso entender que en la dinámica de la política mundial cuenta "what the states can do because of their position in the (international) structure", así como "what they want to do because of how they see themselves in relation to others"* (2004, p. 64). Esto sintetiza la razón porqué la identidad es altamente relevante en los asuntos mundiales, como se estudia a continuación.

La identidad tiende a confundirse con la cultura, aunque no son lo mismo. El diccionario de la Real Academia Española señala sobre la cultura: a) Cultivo; b) Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico; y c) Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc. Cuando se refiere a la cultura popular dice: Conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo.

En cuanto a la identidad, ésta significa: a) Cualidad de idéntico; b) Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás; c) Conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás; y d) Hecho de ser alguien o algo el mismo que se supone o se busca.

Como se puede apreciar de esta comparación etimológica, la cultura tiene que ver con la acumulación de conocimientos, modos de vida adoptados, entre otros aspectos, pero siempre relacionados con la tradición y la costumbre; en cambio la identidad tiene que ver con la manera que las personas o las agrupaciones de ellas se sienten distintas a otras, que incluso pueden tener costumbres y tradiciones comunes.

En este sentido, el politólogo mexicano Giménez, dice que entiende por cultura *"la dimensión simbólico-expresiva de todas las prácticas e instituciones sociales. O, de modo más descriptivo, el universo de informaciones, valores y creencias que dan sentido a nuestras acciones y al que recurrimos para entender al mundo"*. Todo esto se expresa a través de un sistema que representa lo anterior, como son los de participación, de solidaridad, de jerarquía, de evocación del pasado, símbolos nacionales, étnicos, míticos, religiosos, entre otros. Por identidad entiende *"la representación que tienen los agentes (individuos o grupos) de su posición en el espacio social y de sus relaciones con otros agentes (individuos o grupos) que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio"*. Remarca

que la identidad es esencialmente distintiva, relativamente duradera y tiene que ser socialmente reconocida (1995, pp. 41-43).

Estas definiciones del autor mexicano coinciden en su esencia con lo establecido por la Real Academia Española; la cultura representa una acumulación de elementos propios del grupo, y la identidad se relaciona con la identificación del grupo, respecto a otros similares.

En relación a la identidad, Giménez propone la identificación de tres funciones básicas: locativa, selectiva e integradora. La función locativa significa que la identidad permite a los actores ubicarse ellos mismos en el ámbito de su acción; la selectiva señala que la identidad selecciona, en función de los valores que le son inherentes, el sistema de preferencias de los actores y sus posibilidades de acción en su ámbito de gestión, de acuerdo a la posición que ocupan; y la integrativa considera la posibilidad de componer las experiencias del pasado con las del presente, en la unidad de una biografía, si se trata de actores individuales o de una memoria colectiva compartida, para el caso de grupos o sociedades (1995, p43). Como se puede determinar, hay diversos tipos de identidad, dependiendo de las relaciones de los actores con su entorno social.

Complementariamente, Larraín postula que la identidad no es una esencia innata dada, sino que un proceso social de construcción, e indica la existencia de a lo menos tres elementos a partir de los cuales se construye, éstos son formales de toda identidad y no los rasgos específicos que constituyen el contenido de una identidad en particular, lo que va variando en cada caso.

El primer elemento es que los individuos se definen a sí mismo o se identifican con ciertas cualidades compartidas. De esta manera, al formar sus identidades personales comparten lealtades grupales o características como pueden ser religión, clase, género, etnia, profesión, sexualidad, nacionalidad, etc., que en todo caso son determinadas por la cultura, que contribuyen a especificar al individuo y definir su identidad. Por esto es que se puede hablar de identidades culturales, ya que todas las identidades individuales están en un contexto cultural determinado. Las que más influencia han tenido son las identidades de clase y de identidad nacional, que se analizarán en detalles más adelante.

Lo material es el segundo elemento que entrega al sujeto elementos vitales de auto reconocimiento.¹ La idea, en este caso, se fundamenta en el hecho que *“al producir, poseer, adquirir o modelar cosas materiales los seres humanos proyectan su sí mismo, sus propias cualidades en ellas, se ven a sí mismo en ellas y las ven de acuerdo a su propia imagen”*. Citando a Simmel agrega: *“Toda propiedad significa*

1 La idea original es de William James. (*Principles of Psychology*, London, Mac Millan, 1980. volumen I, p. 291).

una extensión de la personalidad; mi propiedad es lo que obedece a mi voluntad, es decir, aquello en lo cual mi sí mismo se expresa y se realiza externamente. Y esto ocurre antes y más completamente que con ninguna otra cosa, con nuestro propio cuerpo, el cual, por esta razón, constituye nuestra primera e indiscutible propiedad". A través de este aspecto material, la identidad puede relacionarse con el consumo, porque el acceso a ciertos bienes o consumo de mercancías, se puede llegar a ser reconocido en un grupo específico, representado por esos bienes.²

El tercer aspecto que considera Larraín es la construcción de sí mismo, lo que se debe analizar desde dos sentidos. Por una parte está la existencia de aquellos individuos cuyas opiniones acerca de nosotros nos interesan e internalizamos, y por la otra, la de aquellos respecto a los cuales nos diferenciamos, y el sí mismo adquiere su carácter distintivo y específico.

En el primer sentido, dice este autor, *"nuestra autoimagen total implica nuestras relaciones con las otras personas y su evaluación de nosotros"*.³ La explicación se entiende porque el individuo internaliza las expectativas de los otros acerca de él, y éste las transforma en autoexpectativas. En otras palabras, el individuo se define de acuerdo a cómo los otros lo ven. Por cierto que estos otros son aquellos que verdaderamente le interesan al sujeto; así, en un comienzo son los padres y luego esto se va ampliando hacia sus profesores, parientes y pares, entre otros. Esto lo avala Erikson, cuando sostiene que en el proceso de identificación *"el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que percibe como la manera en que los otros lo juzgan a él"*. Esto significa que se produce un autorreconocimiento, que es lo que posibilita la identidad, que en este caso viene de afuera.⁴

En el otro sentido que presenta Larraín la construcción de sí mismo, en relación a los otros de los cuales nos diferenciamos, esto se debe a la existencia de personas o grupos que tienen otros modos de vida, valores, costumbres e ideas diferentes a las nuestras. La utilización de la diferenciación con el otro es fundamental, tanto en la identidad individual o la colectiva. Esta identificación por oposición siempre ha existido; por ejemplo, los griegos dividían el mundo entre griegos y bárbaros, entre otros muchos que se pueden citar. Cuando esto se exagera, se fomenta la exclusión, porque al marcar la diferencia se pasa a la desconfianza, luego a la abierta hostilidad, terminando en la agresión: Ciertamente este proceso de exclusión no es sólo lo que puede provocar conflictos, pero es necesario considerarlo por lo peligroso que puede ser la exacerbación, especialmente en el aspecto

2 Larraín grafica esto con el ejemplo de una persona que asiste a la ópera, no porque le gusta, sino por la conveniencia que lo vean asistir, personas que él estima de alto estatus; también da el caso de alguien que compra un auto de ciertas características, porque eso identifica un grupo social determinado.

3 Aquí sigue a H. Gerth y C. Wright Mills, citando el libro *"Carácter and Social Structure"*. Nueva York. Hanbinger Books. 1964.

4 Para Honneth, citado por Larraín, el autorreconocimiento toma tres formas: autoconfianza, autorrespeto y autoestima (2005, p. 29).

nacional. Larraín cita a Bauman que describe la secuencia lógica que terminó en el holocausto de los judíos: *“comienza con la definición del extraño. Una vez que se lo ha definido, se lo puede separar. Una vez que se lo ha separado, se lo puede deportar. Una vez que se lo ha deportado, se puede concluir con su exterminio físico”* (2001, pp. 31-33). Esto es lo mismo que pasó entre bosnios y serbios en la ex Yugoslavia.

Con lo que se ha estudiado, se concluye que hay varias formas de identidades, las que están permanentemente mutando, de acuerdo a las circunstancias y escenarios en que él o los individuos estén inmersos. El elemento componente de la identidad por exclusión, que es la base para la identidad nacional, será analizado independientemente.

Para Castells, la identidad es un proceso en el que los actores sociales construyen el sentido de su acción, en atención a un atributo cultural, al cual se le da prioridad. Como se puede apreciar, el concepto está íntimamente relacionado con él o los actores, pero se debe considerar que éstos no siempre están definidos por su identidad, aunque es cierto que cuando el principio de definición es fuerte, la identidad tiende a tener preeminencia sobre otros aspectos. Para él son principios fundamentales de autodefinition lo referido a identidades religiosas, nacionales, territoriales, étnicas y de género, que marcan la dinámica de la política en las sociedades. Con esto concuerdan Giménez y Larraín. Es interesante lo que sostiene Castells en cuanto a que la existencia de la identidad *“invalida la tesis de la desacralización y desideologización de la sociedad moderna. La superación de las identidades, que era el gran proyecto histórico del racionalismo (liberal o marxista) ha sido superado por el renovado poder de la identidad: Dios no ha muerto. Al contrario, el absoluto se ha encarnado en la diversidad creciente de vivencias y expresiones”* (2005, p. 21). Esta tesis de Castells afirma la idea propuesta por Tokatlian, y asumida en este trabajo, en que la identidad es uno de los elementos más importantes para desarrollar análisis políticos al inicio de este siglo, junto con el poder, la soberanía y la seguridad.

De acuerdo con Barry Buzan y Gerarld Segal todos los seres humanos poseen identidades múltiples, las que se definen según su relación con las sociedades circundantes. Para él, la sensación de ser diferente a otro necesita de esos otros para compararse y diferenciarse. Las identidades que pueden tener los individuos van desde algunas muy simples, como es la persona misma, la familia o el clan, a otras más complejas como el género, la profesión, los grupos de interés, la nación, la religión, la civilización y la humanidad misma. Siempre la persona estará condicionada por la sociedad en que vive, para la adopción de algunas de estas formas de identidad. Mientras más compleja la sociedad, las formas de identidad se vuelven también complejas, generando muchos estratos y tipos de sociedad. Esto hace que muchas personas *“retrocedan ante la complejidad y buscarán refugio en alguna identidad simplificadora y general como la religión o el nacionalismo”*. Para

estos autores, la identidad tiene una doble función, porque es unificadora en cuanto proporciona la cohesión social básica a cualquier grupo o sociedad, y divisora, porque la rivalidad entre identidades es el fundamento para el conflicto, lo que se ha producido permanentemente a lo largo de la historia, lo que es previsible que siga ocurriendo (1999, pp.163-164). Una vez más a lo largo de este estudio nos encontramos con el eje de análisis cooperación-conflicto.

Buzan y Segal presentan las siguientes citas referidas a la identidad:

“Repensando la identidad”

“No sólo está creciendo la población de la Tierra, sino que su notoria diversidad será parte integrante de tu vida... como no lo fue de la mía. Hoy existen restaurantes tailandeses, turcos o mexicanos en mi calle. En tu mundo los tailandeses, los turcos y los mexicanos serán tus vecinos... Pasarás tiempo, probablemente, en ciudades como San Francisco, Londres y Bombay, fuentes de nuevas ideas, invenciones y gustos, porque allí se cruzarán nuevas culturas”. (SCHWARTZ, Peter. *The art of the long view*, p. 223).

”Siempre es lo mismo: cuando te liberas, te ves obligado a preguntarte quién eres”. (BAUDRILLARD, Jean. *América, “Astral América”*; 1996).

A lo largo de este estudio, coincidiendo con lo que dicen Buzan y Segal, se evidencia que como un efecto de la globalización se están creando sociedades cada vez más grandes, lo que convierte a las identidades cada vez más complejas y múltiples. Esto sucede a pesar que en la humanidad conviven culturas y civilizaciones diferentes. Sin embargo, casi toda la humanidad participa, de alguna manera, en la sociedad global, lo que trae como consecuencia que la identidad, como elemento básico de la constitución de éstas, se está haciendo más uniforme y amplia. Esto comprueba el efecto divisorio y unificador de la identidad que se trató anteriormente. La identidad más antigua es la de género, cuyo fundamento está en la genética. Estos autores argumentan, a partir del género, que la familia es una de las piedras angulares de la identidad social. El razonamiento que presentan es muy similar, aunque sin recurrir a la divinidad, al que se planteó que la seguridad es una necesidad humana, apoyándose en Santo Tomás de Aquino. Para ellos, la importancia de la familia como elemento de la identidad se basa en que entre el 85% y 90% de todos los humanos han sido padres alguna vez.⁵ Después, los lazos de sangre van definiendo otros grupos sociales, los que cada vez se vuelven más

5 Textualmente dicen: “*Siempre ha habido machos y hembras en la especie. Sólo lo una pequeña fracción de la población mundial se define como homosexual y no hay pruebas suficientes acerca de un presunto fundamento genético de esa identidad*”. Esto es crucial y lleva a un concepto de Estado Solidario, en vez de un Estado Subsidiario; se vincula con la redistribución del ingreso, la educación, al pluralismo de los medios de comunicaciones, a la justicia, entre otros aspectos.

complejos. Si bien es cierto que los lazos familiares desempeñan un gran papel, en la medida que las asociaciones humanas se hacen más grandes, esto van perdiendo importancia debido al creciente individualismo y al libre mercado, propio de la globalización. Es por esto que, especialmente en occidente, se escuchan permanentes llamados para “restaurar los valores familiares”, con el objeto de buscar valores y comportamientos compartidos.

Castells cuando se refiere a las formas de las identidades, identifica las que son fuertes, construidas con la experiencia histórica y el aporte de la tradición cultural, y aquellas identidades individuales, autoconstruidas en base a un proyecto personal. Entre estas últimas se da gran importancia a la familia, lo que está de acuerdo con los autores comentados anteriormente, cuya trascendencia radica en el rol que cumple en sectores sociales en que las identidades comunitarias no se desarrollan, ya que en ellas *“se funde el sustrato comunitario y el proyecto autónomo de existencia, vaciado de todo otro contenido que la afectividad inmediata y defensiva hacia uno mismo y los suyos”* (2005, p. 22).

Castells plantea la tesis que en la actualidad, específicamente en la era de la información, las identidades se desarrollan como *“principios constitutivos de la acción social”*, debido a los efectos de la globalización, y como consecuencia de la crisis de las instituciones del Estado y de la sociedad civil. Su explicación se basa en la observación de diversos movimientos sociales mundiales, los que unidos a los efectos de la globalización, hacen que la capacidad de gestión de los Estados sea desbordada; si bien no se invalida a los Estados, hace que éstos reorienten sus políticas adaptándolas y coordinándolas a los sistemas de los otros países con los que se interactúa.

A similar conclusión se llegó cuando se estudió la lógica de la globalización en la toma de decisiones en el capítulo anterior, según el pensamiento de Messner y de Keohane. Siguiendo en la línea del cambio de rol del Estado, Castells sostiene que éste al reorientar sus políticas ha dejado de atender los intereses de sectores que eran protegidos por él; hablamos del Estado protector existente antes del advenimiento del sistema de mercado. Indudablemente que cuando el Estado tiene que *“atender, prioritariamente, a la dinámica de flujos globales, su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y por consiguiente el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos. Ésta es una razón del por qué los ciudadanos se oponen a la globalización y culpan a las estructuras democráticas vigentes del giro que ha experimentado el Estado”* (2005, pp. 22-23).

Debe quedar claro, y así también lo hace Castells, que no es la democracia lo que está en cuestionamiento, sino que las actuales estructuras y los actores políticos. Esto ya se explicó cuando se analizó la gobernabilidad. Para este autor, el Estado dejó de ser nacional y pasó a desempeñar un rol de articulador de la globalización. De esta manera se produce la separación entre Estado y nación, que si

bien casi nunca fueron coincidentes espacial y conceptualmente, ahora se separan aún más. Lo interesante de este análisis de Castells es que llega a la conclusión que todo esto lleva a que se revitalice la identidad regional, dentro de la nación, buscando reconstruir la sociedad y, en algunos casos, para legitimar de esta forma la democracia ante la crisis del Estado, en un esfera centrada en el sentido de pertenencia, donde se comparten especialmente valores y tradiciones de carácter étnicos. Este es el caso de los zapatistas de Chiapas, los nacionalistas aimara de Bolivia, los movimientos indígenas de Ecuador, y los pascuenses y mapuches chilenos (2005, p. 23).

La identidad religiosa es la que constituye el principal principio de reconstrucción a escala planetaria, sostiene Castells. Los ejemplos lo constituyen el islamismo, el hinduismo nacionalista, el judaísmo ortodoxo, el fundamentalismo cristiano en Estados Unidos y los evangélicos en Latinoamérica.

Para Buzan y Segal, la religión es la más antigua y fuerte forma de identidad, considerando que *“las primeras civilizaciones se construyeron en torno de religiones comunes”*; éstas aspiraban abarcar a toda la humanidad, sin que ninguna lo haya conseguido hasta ahora, a pesar que varias de ellas han durado milenios, como es el caso del islam, el cristianismo, el budismo y el hinduismo. Todas estas religiones se han venido dividiendo a lo largo del tiempo, normalmente con conflictos violentos, como los católicos contra los protestantes y los chiítas contra los sunnitas. A fines del siglo XX, la religión continuaba siendo una forma importante de identificación, a pesar del cuestionamiento de la ciencia y del materialismo de la sociedad capitalista. Este ataque racionalista sobre las religiones ha causado efectos, como es la separación clara entre la religión y la política en las culturas occidentales, donde ha decrecido notablemente la influencia de la primera. En las culturas orientales, especialmente la hindú y la islámica, sucede lo contrario, donde la religión continúa siendo la principal fuente de identificación, lo que se traduce en que este aspecto domina la vida política y social de las personas (1999, pp. 163-166).

Es evidente que mientras surgen las diversas identidades que se han planteado como principios constitutivos, se va erosionando la idea del ciudadano en que se basa la organización y que requiere la acción del Estado en la sociedad civil. Una forma colectiva de identidad, que es más reciente que la religiosa, es la identidad nacional que se analizará a continuación.

Durante la Guerra Fría predominó en los diferentes Estados una asociación de identidad entre lo nacional y lo estatal, por lo que se hablaba del Estado nación. Es cierto que no hay grupos étnicamente puros, que a su vez constituyan un Estado, porque la población humana es el resultado de migraciones masivas y de cruzamientos que se vienen desarrollando durante siglos. Por esto lo importante para la conformación de la identidad nacional es que las personas compartan lenguaje, cultura, religión y la sensación de una historia común, entre otros elementos. Buzan

y Segal dicen que la versión política de la identidad nacional es el nacionalismo, haciendo la salvedad que este se puede fundar, tanto en una etnia común mítica o de otro tipo, como en un nacionalismo cívico tipo Estados Unidos o Australia.

La doctrina del nacionalismo indica que la legitimidad política debe basarse en las naciones y que cada nación debe tener su propio Estado. El nacionalismo es sólo una invención política que tiene solamente doscientos cincuenta años. Según Buzan y Segal, se puede considerar *“una herramienta de las elites gobernantes europeas que buscaban una manera de restaurar la cohesión social amenazada por las divisiones de clases creadas por las revoluciones industriales y capitalistas. Fue también, en cierto sentido, una respuesta a Marx, y tan exitosa que hoy se ha transformado en una idea universal”*.

El nacionalismo no pretende unificar a la humanidad, como es el caso de las religiones que tienen vocación de universalidad: una vez que el nacionalismo se implante es difícil suprimirlo. Es más fácil que una persona cambie de religión que de identidad nacional. Esto sucede porque se hace una clara diferencia entre el “nosotros” y “ellos”, a través de la pertenencia a un grupo exclusivo, vinculado por una tradición cultural y la percepción de una historia profundamente arraigada. El nacionalismo es una identidad dominante que reclama prioridad sobre todas las demás en la configuración de la conducta individual (1999, p. 168).

Para Tokatlian, la pregunta esencial del: “quién soy”, que está permanentemente presente cuando se trata la identidad, se traslada a la de: “quiénes somos”, asumiendo la auto percepción y la autorrepresentación del otro, ahora en conjunto al cual la persona desea pertenecer. Esto se produce a pesar del creciente individualismo que ya se analizó. Así surge la identidad nacional, que para este autor *“junto al poder nacional define los intereses nacionales e influye en el comportamiento de la política exterior de los países, lo que conduce a entender que sin una autoimagen unificada y robusta, una nación no tiene incentivos para acumular o usar su poder material y no puede defender sus intereses nacionales”*.

Los autores que se han tratado respecto a la identidad, coinciden en que en el período de la Guerra Fría existía una identidad asociada a lo estatal y nacional, asumida como una identidad cohesiva, que se proyectaba al exterior como una identidad unificada, produciéndose un entrelazamiento entre la identidad personal, la identidad nacional y las relaciones internacionales.

Después de la Guerra Fría se ha producido un cambio en las identidades individuales y las colectivas, como producto del multiculturalismo, la reafirmación de las identidades étnicas y religiosas por sobre las tradicionales nacionales, los procesos de integración, incipiente configuración de una sociedad civil internacional, el despliegue de una conciencia cosmopolita, el avance de las tecnologías de la información, y el papel central de los medios de comunicación en los asuntos

mundiales, entre otros. En otras palabras, motivado por el proceso de la globalización. Para Tokatlian se observa una doble innovación, “*se pasa del plano estatal de identificación personal y grupal, a un plano menos estatal, al tiempo que se transita de una mirada más unívoca y acotada de la identidad a otra más multifacética e intrincada*” (2004, p. 63).

Con lo expuesto se comprende que la identidad se ha convertido en un elemento indispensable en los análisis y, por ende, en la formulación de las políticas de los Estados, cualquiera sea su posición en la estructura internacional, como también para el desarrollo de integraciones regionales. Si la identidad ayuda a fortalecer visiones compartidas entre los Estados, se está favoreciendo la creación de una cultura cooperativa en la política mundial. Claros ejemplos de lo anterior son los casos de la Unión Europea y, en menor escala, el MERCOSUR que, aunque lento, va en evidente progreso. En este aspecto se concuerda y se concluye con lo que expresa Tokatlian, en cuanto a que: “*en la medida que se consolide una identidad grupal mas firme y franca, menos conflictiva y más sustentada en valores democráticos, ello facilitará que este acuerdo potencie su capacidad negociadora externa*” (2004, pp. 64-65).

BIBLIOGRAFÍA

CASTELLS, Manuel (2005). *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*. Fondo de Cultura Económica. Santiago.

GIMÉNEZ, Gilberto (1995). Modernización, cultura e identidad social. En revista *Espiral*, Estudios sobre Estado y Sociedad. Volumen 1 N° 2. Enero abril 1995. México.

LARRAÍN, Jorge (2001). *Identidad chilena*. LOM Editores. Santiago.

TOKATLIAN, Juan Gabriel (2004). *Hacia una nueva estrategia internacional, el desafío de Néstor Kirchner*. Grupo Editorial Norma. Buenos Aires.